

EL MONASTERIO DE PARÍS ANTES DE BIC

Bastó el tiempo justo de llegar al destino del camión para que Eugenio me invitara a bajar.

Me confirmó que, tres días después, sería en ese mismo punto exacto donde volvería a recogerme para el viaje de vuelta a casa.

Saqué el teléfono y busqué el lugar donde iba a pasar la noche. La distancia era de 3,6 kilómetros.

Así que eché a andar, pensando en los hechos, en los acontecimientos y en la extraña cadena de circunstancias que me había llevado hasta allí, sin poder ocultar alguna que otra sonrisa mientras esperaba llegar a mi alojamiento compartido.

Cuando por fin llegué, el edificio tenía un aspecto insólito. Era una mezcla de iglesia, molino y almacén agrícola.

Pero estaba en Francia. Allí, las cosas que a los italianos nos parecen estrafalarias suelen considerarse perfectamente naturales. O, al menos, eso creía yo.

Pulsé el interfono. En lugar de un zumbido, oí el tintineo de una campanilla, la misma que se usa en las iglesias cuando se celebra la comunión.

Apareció un hombre bajo. Calvo. De barba oscura. Con hábito de monje.

Le expliqué que había hecho una reserva y que ya había pagado por internet. Cogió mi documento de identidad, comprobó los datos, me entregó la llave de la taquilla número tres, me dio un papel con la contraseña del wifi y luego me acompañó hacia la habitación compartida.

Mientras caminábamos, me preguntó qué me había traído a París. Respondí: “Las mujeres”.

En cuanto lo dije, tuve de inmediato la sensación de que algo se me escapaba. Pero ¿qué?

Él siguió caminando delante de mí. Unos instantes después abrió una puerta grande y me invitó a pasar.

Entré en lo que parecía un almacén con sesenta literas y solo dos baños. Mujeres a la derecha. Hombres a la izquierda.

Ni siquiera durante mi servicio militar en Italia, en 1984, había vivido nada remotamente comparable. El barracón más grande que había visto alojaba a veinte personas.

Aquí, en cambio, mi colega de hace dos mil años parecía empeñado en enviarme otro mensaje: “Frega, todavía no has visto nada”.

Me encontré dentro de un mercado de gentes de todas las naciones y de todas las tradiciones. No era una habitación compartida. No era un albergue. Era algo completamente distinto.

En Italia, un lugar así habría provocado un escándalo público, atraído investigaciones judiciales y copado los informativos. ¿Aquí? Perfectamente normal. Bienvenido a Francia.

Sin embargo, la institución era de carácter católico, y yo quería entender cómo podía existir una cosa así.

Al final descubrí que pertenecía a una congregación religiosa dirigida por una orden católica cuyo cardenal había sido excomulgado en su día por el Vaticano porque se había negado a adaptarse al formato establecido.

Así que había creado un sistema propio.

Después de conectar el teléfono a la red wifi, llegó un mensaje de Chanel. Me preguntaba si había llegado bien, en qué hotel me alojaba, y me informaba de que, si le daba la dirección, pasaría ella en persona a recogerme a la mañana siguiente para nuestra cita.

Respondí que había llegado hacía muy poco. El viaje había ido estupendamente. Y en cuanto al hotel, había tenido la amabilidad de poner a mi disposición un coche con conductor, de modo que a la mañana siguiente ya tendría transporte. Aun así, le agradecí el ofrecimiento.

Aquella noche, dentro de la sala común, ocurrió algo inesperado. Un grupo de personas de origen indio y otro grupo de Brasil estaban escuchando la misma música al mismo tiempo.

Cuanto más escuchaba, más familiar me sonaba. Entonces comprendí por qué. Estaban en gillettenarrative.com.

Eso era lo que mi colega de hace dos mil años había querido que viera. Y me hizo feliz.

A la mañana siguiente, después de caminar mis tres kilómetros, cogí el metro hacia los Campos Elíseos y llegué con mucha antelación.

Me detuve delante de la entrada. Por un momento me pregunté si estaba haciendo lo correcto.

La respuesta era sí. Porque no le estaba pidiendo dinero a nadie. Y era libre de escuchar el mundo.

Ferdinando